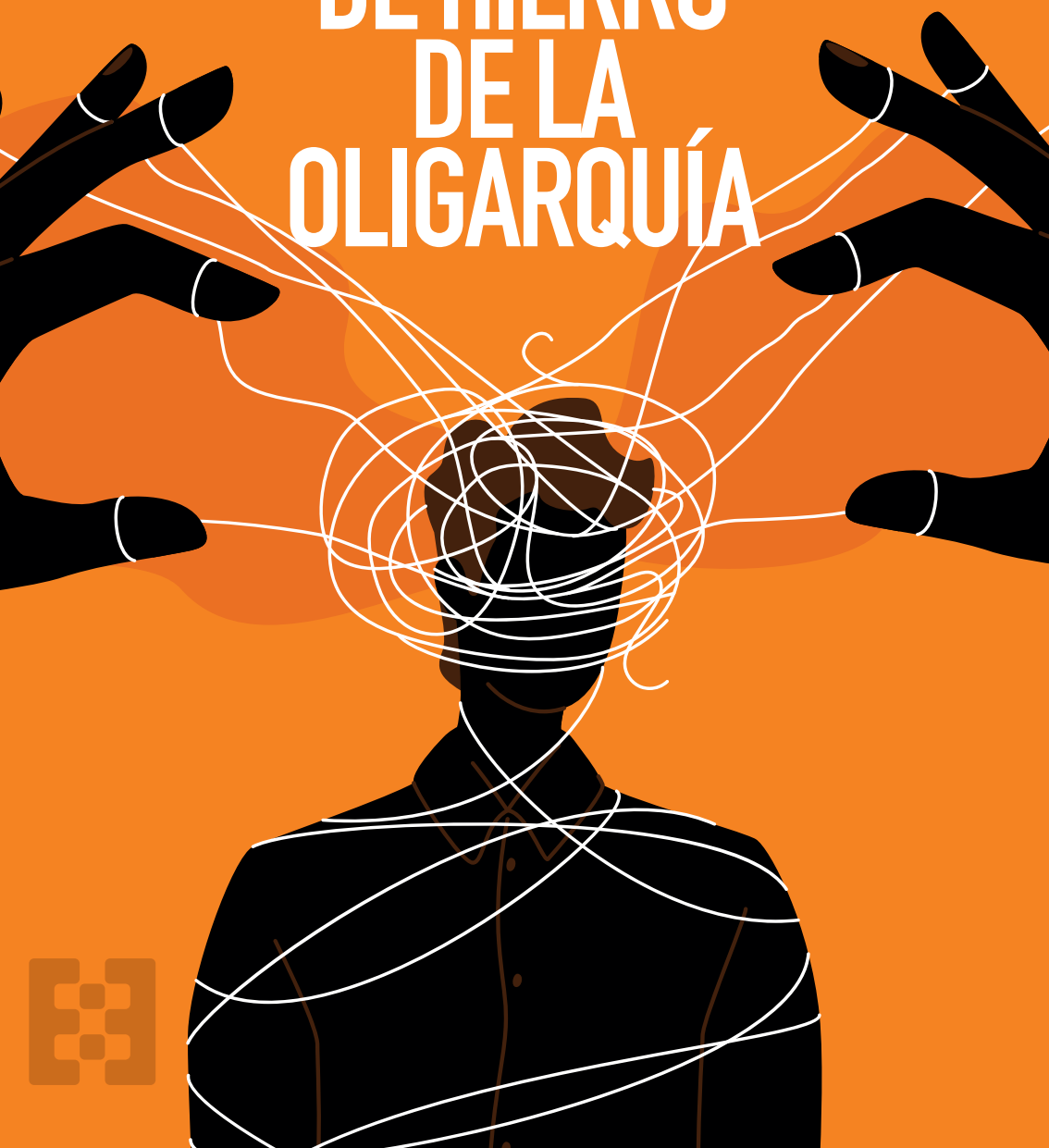


DALMACIO NEGRO

**LA LEY
DE HIERRO
DE LA
OLIGARQUÍA**



La ley de hierro de la oligarquía

Dalmacio Negro Pavón

La ley de hierro de la oligarquía



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2015, 2024
Epílogo de Dalmacio Negro
Presentación de la nueva edición por José María Sánchez Galera

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 137

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-177-9

ISBN PDF: 978-84-1339-843-3

Depósito Legal: M-46-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Presentación de la nueva edición	7
--	---

LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA

I.....	11
II.....	13
III.....	16
IV.....	21
V.....	24
VI.....	27
VII.....	29
VIII.....	31
IX.....	34
X.....	38
XI.....	41
XII.....	45
XIII.....	48
XIV.....	52
XV.....	54

XVI	57
XVII.....	60
XVIII	62
XIX	64
XX.....	68
XXI	71
XXII.....	73
XXIII	77
XXIV	80
XXV	83
XXVI	86
XXVII.....	89
XXVIII	92
XXIX	95
XXX.....	98
XXXI	101
XXXII	105
Epílogo. La ley trascendental de la política.....	109

PRESENTACIÓN DE LA NUEVA EDICIÓN

Cuando hablamos de política —tal es el tema de este libro—, solemos notar tres grandes tendencias. A la primera podemos denominarla «derrotista»; entiende el poder como algo perverso que, de sólo, lo detentan personas sin escrúpulos, únicamente atentas a sus intereses y no al bien común. La segunda tendencia es la idealista o utópica. Resulta moderadamente dañina en regímenes donde hay un suficiente reconocimiento de los principios fundamentales del Derecho; concede al gobierno —y, en especial, al Estado— el constante beneficio de la duda, de modo que todo impuesto irá a una buena causa y todo recorte de libertades redundará en nuestro beneficio. Al respecto nos advierte largamente el profesor Dalmacio Negro en esta nueva edición de su libro. La tercera postura cabría definirla como ecléctica y, en la práctica, conoce una amplia gama de concreciones.

El «derrotismo» es, en ocasiones, un anquilosamiento del eclecticismo. Se constata la necesidad de una cierta dosis de escepticismo sobre la condición humana. Pero un día nos cansamos de administrar esa dosis en cantidades siempre medidas, siempre matizadas. Admitimos que, para que una institución disponga de mínima eficacia, hemos de delegar el poder en un pequeño grupo. Pero nos fatigamos en la búsqueda de un equilibrio en constante corrección, y empezamos a pensar que quizá no sea mala idea olvidarnos de la política, y que un dictador —de los nuestros, eso

sí— gobierne durante una generación, sin la engorrosa tarea de rendir cuentas cada pocos años. Todo país necesita, para progresar, de planes estables, a largo plazo. ¿No es mejor que manden los que saben, los expertos, los profesionales?

En 1911 Robert Michels publicó un tratado sobre «la sociología de los sistemas de partidos en la democracia moderna». Según la teoría de Michels, impera dentro de las instituciones y organizaciones políticas la «ley de hierro de la oligarquía», la cual puede formularse de manera sucinta: en realidad, mandan siempre unos pocos. En este sentido, los sistemas democráticos no dejan de ser otro tipo de régimen en el que se perpetúan las inevitables estructuras de Estado que a lo largo de la historia han sido y serán: gobiernos en manos de un puñado de hombres. Aún más: la propia dinámica de los partidos requiere —si pretenden seguir existiendo y acaparando o cooptando poder— de un mecanismo ejecutivo que sea prerrogativa de una minoría.

En nuestra época eso que llamamos democracia —cuyo rostro cubre con muy distintas máscaras— es la diosa suprema. En su nombre, un caudillo amoral puede derribar el Derecho y perpetuarse en el poder, convirtiendo el Estado en cuadrilla de ladrones, según expresión de Agustín de Hipona. Quizá sea la democracia el estilo o revestimiento sociológico que más debilidad halla en nuestra capacidad de discernimiento sobre las oligarquías políticas. Para ampliar nuestra mirada, y para recuperar conceptos que vienen desde la Grecia antigua, Dalmacio Negro ofrece estas páginas, en una edición muy atenta a la deriva de los últimos años. Su eclecticismo remonta las cumbres de nuestro tiempo, para recordarnos que la oligarquía debe ser aristocrática y regirse por la virtud, que hay diferencia entre pueblo y comunidad, entre *auctoritas* y *potestas*, entre forma de gobierno y régimen. Nos recuerda que el Derecho puede ser una emanación de la naturaleza humana —y, por tanto, inmutable en sus principios—, en vez de mero consenso logrado o impuesto en una sociedad de masas.

José María Sánchez Galera

LA LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA

I

El realismo político se diferencia de otros modos de pensamiento político por su escepticismo sobre la naturaleza humana. Entre ellos: a) el humanitarista, una coartada de los poderosos: «quien habla de humanidad, quiere engañar» decía Proudhon; b) el ideológico, racionalista y constructivista pero destructivo en la práctica; c) el imaginativo, literario, anárquico e irrealista; y d) el utópico, estéticamente de mal gusto porque elude enfrentarse a la realidad, pero gratificante en teoría al subordinar la razón a los deseos o caprichos de la voluntad, por lo que aboca fácilmente al terrorismo. El realismo político es inconfundible con la *Realpolitik* como mera *Machtpolitik* (política de poder): simplemente, no se hace ilusiones a causa de la ley de hierro de la oligarquía.

Para Carlo Gambescia, en un libro reciente sobre el liberalismo como expresión del realismo, el realismo político es «triste»¹; «es la imaginación del desastre», escribe Jerónimo Molina². El problema lo había descrito el chino Han Fei-tzu hace muchos años: «el más sabio de los ministros nunca será escuchado por un rey

¹ Cf. C. Gambescia, *Liberalismo triste. Un recorrido de Burke a Berlin*. Encuentro, Madrid 2015.

² J. Molina, «Realismo político y crítica de las religiones seculares en Raymond Aron», en M. Herrero (ed.), *Religion and the political*, Georg Olms Verlag, Hildesheim / Zurich / Nueva York, 2012. Del mismo, cf. «Raymond Aron ante el maquiavelismo político», *Revista Internacional de Sociología* 5 (2008).

estúpido». Y por razones parecidas, pensar políticamente es para Julien Freund, «ponerse siempre en lo peor». El pesimismo lógico es en política «un estado de madurez», decía Ludwig Marcuse.

La prueba irrefutable, que justifica la actitud realista³, es esa ley, nunca explícita, casi siempre ignorada. Es una ley metapolítica inmanente a todas las formas del gobierno y de régimen al ser inherente a la naturaleza humana: los gobiernos son siempre oligárquicos con independencia de las circunstancias, el talante, los deseos, las intenciones, la voluntad, las pasiones, los sentimientos y las ilusiones de los escritores políticos, de lo que digan los políticos autoengañándose o para engañar a los demás, y de lo que esperen o tal vez temen los gobernados sean o no electores. Estos últimos son en realidad una minoría, pues la mayoría se limita a votar. Una ministra chilena ha dicho recientemente: «los gobiernos no están al servicio ni de las ideologías ni de las religiones». Puede ser. Pero, si no son oligárquicos, están al servicio directo de las oligarquías o dependen de ellas: gracias a ellas pueden mandar sobre la oligarquía y el resto. «La potencia del gobierno no flota en el aire», reconocía Karl Marx, reduciendo empero la potencia a la economía.

Salvo los partidarios y favorecidos, todo el mundo sabe o percibe más o menos vagamente que hay algo detrás del gobierno: «en el magín del ciudadano consciente, la pregunta política por excelencia, no ha de ser quién debe mandar, sino qué hará el gobierno»⁴.

³ Según el *Diccionario* de Abbagnano, la palabra realidad (que proviene de la *realitas* de Duns Scoto) indica en el discurso filosófico «el modo de ser de las cosas en tanto existen fuera de la mente humana o independientemente de ella» en contraposición a la idealidad que designa «el modo de ser de aquello que está en la mente y no puede ser o no está incorporado o actuado todavía en las cosas». Para P. P. Portinaro «la realidad es, en el léxico político, el modo de ser de las relaciones de poder consideradas independientemente de los deseos y las preferencias de los actores o de las teorías más o menos normativas de los espectadores». Distingue tres formas de realismo: el «complaciente», el «melancólico» y el que «vibra de indignación moral». Cf. P. P. Portinaro, *Il realismo político*, Laterza, Roma 1999, p. 13.

⁴ J. Molina, *Nada entre las manos*, Los papeles del sitio, Sevilla 2013.